

Las nuevas puertas en Religión, Ciencia y Arte

CONFERENCIA DE ANNIE BESANT



En las conferencias anteriores han solicitado nuestra atención el pasado y el presente, y ahora nos toca dirigirla al porvenir; y partiendo del presente y de ciertos hechos que ya no se ocultan a nuestra mirada, vamos a ver qué nuevas puertas se abren en religión, ciencia y arte; qué nuevas avenidas de conocimiento empiezan a manifestarse, extendiéndose a lejanos horizontes, que en realidad no son el límite de éllas, sinó el límite de lo que nuestra vista puede alcanzar. Me esforzaré principalmente en demostraros que la perspectiva de apertura de nuevas puertas no es ilusión, sino una gran realidad; que los chirri-

dos que se oyen anuncian que están ya entreabiertas y tenemos derecho a pensar que, así que el hombre evolucione algo más, se abrirán lo bastante para dejar paso a la raza hacia un porvenir más consciente y feliz.

A fin de que esto resulte inteligible y claro, será necesario que dediquemos unos momentos a considerar cierta representación de la naturaleza y constitución del hombre, que entre las religiones antiguas del mundo fué prácticamente universal; que, aunque no plenamente desarrollada en todos sus detalles, se halla indicada también en la más moderna religión del cristianismo, y que ha renacido entre nosotros y es hoy objeto de enseñanza en todo el mundo, gracias a los esfuerzos de la Sociedad Teosófica.

No es, pues, nuevo el concepto, sino muy antiguo; solamente que ahora viene revestido de nuevo ropaje apropiado al actual desarrollo mental del hombre.

Seré breve en el preámbulo, pero no podemos prescindir de él, porque sin esta exposición preliminar, no podríais comprender cómo se están abriendo las nuevas puertas. He aquí el bosquejo:

Fundamentalmente, todo ser humano es una inteligencia espiritual. Empieza su ciclo mundial como germen o simiente de la Divinidad y va apropiándose porciones de materia de cada uno de los diferentes mundos en que entra y vive. Así como una semilla, un grano de trigo, por ejemplo, nace, crece y desarrolla sus *latencias* por el jugo de la tierra que la nutre, por la lluvia que la riega, por el sol que brilla sobre ella, así también el germen divino, el espíritu humano, entra en el terreno de la experiencia humana, cuyos jugos le capacitarán paulatinamente para desarrollar sus divinas posibilidades; recibe el riego de las lágrimas humanas, lágrimas de dolor y pena; se vivifica, fortalece y crece por el sol del regocijo y de la alegría humanos; y gracias a este contacto experimental, a este riego de los sufrimientos y a este sol de felicidad, el germen divino va transformándose, a través de generaciones, siglos y milenarios, en hombre divino, hasta llegar a la manifestación de todos los poderes divinos que en sí tenía latentes desde el principio.

Para que esta evolución eónica se realice, es preciso que el germen divino baje al contacto con la materia, su único elemento

experimental; y por esto, al descender desde los más altos cielos hasta la tierra, atravesando regiones de materia cada vez más densa, se reviste de ella y se envuelve en sucesivos velos cada vez más densos, que le brindan la coyuntura para el desenvolvimiento de sus poderes internos y el sometimiento de la materia que se apropió para instrumento de su manifestación.

Así, pues, en el grado de evolución a que hemos llegado nosotros, muchos de los poderes de nuestro ser espiritual se han desarrollado ya, aunque otros se hallan todavía inactivos, y los velos de que hemos hablado ya no son envolturas incipientes sin contornos definidos, sino cuerpos más o menos organizados para el servicio de la vida en evolución que encierran. En nuestro plano físico, en el mundo en que hoy residimos, esta materia, por decirlo así individualizada, ha recibido ya un alto grado de organización, y su utilización como instrumento por la inteligencia, por el Espíritu, ha alcanzado ya gran incremento en los seres humanos más evolucionados. Al cabo de largas edades, nuestro cuerpo físico dispone ya de cinco órganos de conocimiento, cinco sentidos, uno por cada una de las grandes razas que ha atravesado el genero humano a las que en mi primera conferencia comparé con las olas del océano. Recordaréis que dije que nosotros nos hallamos en la quinta *sub-ola* de la quinta ola. Mirando hácia atrás, a lo largo de nuestro curso de experiencias en el presente ciclo del crecimiento humano, podemos observar la evolución de estos sentidos desde su remoto nacimiento hasta la âdquisición del actual grado de agudeza y ver que cada una de las cinco grandes razas-raíces ha desarrollado uno de los cinco sentidos.

Para que no creáis que lo que digo se halla fuera de toda observación, me permitiréis que derive por un momento vuestra atención hacia una distinguida representación de la cuarta raza (la que precedió a la nuestra), que habita eu Birmania, imperio Índico. La mencionada cuarta raza desarrolló en la generalidad de sus individuos el sentido del gusto; pero el del olfato quedó en ella en germen rudimentario, sin desarrollo; y si os acercáis a los birmanos y les preguntáis por su régimen alimenticio, veréis que su plato favorito es el pescado; pero no el fresco, recién traido del mar o del río, sinó el recién sacado de bajo tierra, donde se lo ha

tenido desde que se le cogió hace algún tiempo hasta ranciarse, para hacer de él el plato favorito de la mesa birmana. Esto denota claramente que el sentido del gusto de la cuarta raza difiere notablemente del nuestro, sin que esto quiera decir que no haya aún hoy gentes que se deleitan con la caza que por eufemismo se llama *manida* o *picante*. Pues bien, el pescado que comen los birmanos suele estar más que rancio Si la expresión no resultara demasiado grosera, se le podría calificar con más propiedad aplicándole la palabra *podrido*. Nadie que se encuentre en el pleno goce de un olfato bien desarrollado (cuya concomitancia con los sabores más delicados es bien notoria) puede comer con agrado semejante vianda.

He puesto este ejemplo, que yo misma he tenido ocasión de observar personalmente, como aclaración de lo que quiero expresar al decir que en cada raza se desarrolla un sentido, quedando en germen el inmediato, para manifestarse y alcanzar un alto grado de perfección en la siguiente. El número de sentidos desarrollados señala, pues, el punto de evolución en que hoy se encuentra la humanidad; y un proverbio (a menudo encierran mucha verdad los proverbios) que supone al hombre aterrorizado hasta el extremo de perder sus *Siete* sentidos, a pesar de no poseer al presente más que cinco, denota la gran extensión y antigüedad de la tradición de que la humanidad deberá pasar todavía por dos razas más y desarrollar otros dos sentidos en correspondencia con ellas. De modo que en la sexta raza, «la raza futura», de la cual trataremos en la conferencia de hoy en quince dias, hemos de desarrollar un nuevo sentido que nos hará el mundo inmediato, el de más allá de la muerte, tan palpable en nuestro cuerpo físico como lo es actualmente el mundo físico. Porque esta es la siguiente forma de visión que ha de desarrollar el hombre. Y a medida que su cuerpo inmediatamente superior, el astral, vaya progresando en organización, se desenvolverá *pari passu* en el cerebro físico, el órgano por el que el conocimiento del mundo vecino estará al alcance de nuestra conciencia física; y nuestra visión adquirirá tan considerable extensión, que para ella será accesible lo què hoy está oculto para los ojos de la mayor parte de la humanidad.

El hombre que, como vamos viendo, es una conciencia espi-

De aquí que, para evitar los continuos achaques nerviosos que nos aquejan, sea necesario refinar y purificar nuestras vidas, abandonando las pasiones groseras cuyo incremento traspasa los límites que corresponden a nuestro actual nivel de evolución. Cuando nazca la próxima sexta subraza (y se ven ya indicios de ella) el sistema nervioso irá creciendo en delicadeza, y en los niños irán apareciendo órganos más agudos y en mayor número. Después de una gran intensificación de nuestros actuales órganos de los sentidos, empezarán a manifestarse otros nuevos que nos descubrirán el mundo ulterior a la muerte. A este mundo pertenece nuestro cuerpo astral, y nuestro sistema nervioso irá refinándose y capacitándose para registrar mejor nuestras investigaciones en el cuerpo físico. Este es uno de los puntos que hay que tener en cuenta al hablar de las nuevas puertas que han de abrirse.

Pero no es sólo nuestro cuerpo físico el que ha de ir refinándose. A la par irá organizándose y desarrollando gradualmente sus poderes, el cuerpo inmediato, el que hemos de llevar al otro lado de la muerte, del que también ahora nos hallamos revestidos y por el que se manifiestan nuestras emociones. Cuando atravesemos la muerte, no iremos desnudos al otro mundo. Dejaremos el vestido más denso, el cuerpo físico; pero lo penetra y se mezcla con él otra materia más fina del mundo inmediato, y se va preparando y organizando paulatinamente para las experiencias que en él nos aguardan. En la inmediata raza, como trataré de demostrarlo con mayor plenitud más adelante, este cuerpo se organizará y desarrollará hasta transformarse en vehículo de la conciencia como actualmente lo es el cuerpo físico; y por su crecimiento y organización, se abrirán ante nosotros las nuevas puertas en religión, ciencia y arte.

I.—RELIGIÓN

Veamos primeramente como afectará a la religión. El desarrollo de las capas más profundas de la conciencia conducirán a nuestros internos Yoes, al Espíritu, al contacto cada vez más íntimo con las regiones espirituales de nuestro universo. No hablo aquí

de los mundos sutiles de materia, sino de las realidades espirituales que pertenecen a la vida espiritual. La naturaleza de Dios, la conciencia de Su ubicuidad, el reconocimiento de Su Vida como poder inmanente; todas estas cosas constituirán realidades fundamentales para el Espíritu que evoluciona en el hombre.

Os he indicado al tratar del *callejón sin salida en religión*, con referencia a la idea de Dios, que jamás podrán los montones de argumentos que puedan dirigirse al intelecto, conducirnos a la demostración absoluta de la existencia, de la realidad de Dios. Probabilidades, sí: un cúmulo de pruebas también; pero demostración, no. Una vez demostrada una cosa, no puede haber más discusiones sobre ella; cuando un hecho se ha demostrado, ya no se pregunta si existe, y nosotros, en cuestión de Dios, nunca hemos salido de la región de los argumentos; nunca hemos adquirido el conocimiento espiritual de Dios, que es la Vida eterna.

¿Cómo adquirir este conocimiento? No por los esfuerzos de la inteligencia racional, ni por medio de la simple naturaleza emocional; sino desenvolviendo en el hombre mismo el Espíritu, que esencialmente es divino y como tal puede responder a la Divinidad exterior; y que por ser Dios, conoce a Dios del que es hijo. Esta es la última verdad de la religión; el conocimiento humano de la comunión con Dios en lo profundo del Espíritu humano; porque la religión no es otra cosa que la busca de Dios. Ceremonias y ritos, iglesias y escrituras, son cosas externas, por las que no puede Dios revelarse al Espíritu, que es Su imagen y semejanza.

Sólo el Espíritu puede conocerle, sólo el Espíritu puede encontrarle. Mientras lo busque en la materia, sólo podrá adquirir la creencia de que Lo sea; pero el Espíritu, libre del velo, puede sentir a la Divinidad sin velo, y por su identidad de naturaleza, puede conocer que Dios es y que Lo es él mismo. Y a medida que esta Vida interna espiritual se despierte en las religiones del mundo, el hombre comprenderá la verdad de aquel gran apotegma del Cristo: «El reino de Dios está en vosotros». Internándoos en lo profundo de vuestro ser, encontraréis a la Deidad; la convicción de que Dios es y debe ser. Porque podréis arrojar fuera de vosotros todo lo que no sea Él, hasta quedar sólo Él, el único Yo; podréis mutilar vuestro cuerpo y perder vuestros miembros,

pero vosotros no dejaréis de existir; podrá gastarse y marchitarse vuestra sensibilidad, pero vosotros seguiréis existiendo; vuestra mente podrá debilitarse hasta quedar incapacitada para razonar, pero vosotros permaneceréis detrás de la fracasada inteligencia; y si queréis pasar a las experiencias espirituales, aquietando las emociones y acallando vuestra mente, en el silencio de las primeras y en la tranquilidad de la segunda hallaréis conciencia y vida más profunda, individualidad más real, y en lo más íntimo del Espíritu encontraréis a vuestro Yo y a Dios. Y entonces, contemplando aquella poderosa y eternal Vida, os sentiréis partícipes de Élla, veréis que sois parte de Élla, que no podéis separaros de Élla, y en una gran efusión de experiencia, que disipará todas las dudas, buscando la realidad de vuestro Yo, encontraréis la realidad de Dios. Ésta es la última convicción que nada podrá remover; la experiencia humana que muchos hombres han adquirido ya, por la cual se ha transformado el mundo; base segura de la religión del porvenir; la roca sobre la cual puede solamente sustentarse la verdadera fe; pues, como se dice muy bien en antigua escritura de la India, «la única prueba de Dios reside en el testimonio del Yo». Sobre esta roca se basará la religión y se mantendrá impertérrita contra todo ataque, contra todo asalto. No la moverá ninguna cuestión cronológica, porque todo hombre podrá adquirir esta experiencia por sí mismo; ni crítica ni destrucción de escrituras podrán hacerla girones, porque se renovará constantemente en la imperecedera vida del Espíritu Eternal; las iglesias no podrán arrastrarla en su caída, porque es ella la que las hizo, para ayuda de los que quieran buscarla; nada externo podrá tocarla, porque reside en lo más íntimo del corazón del hombre. Y esto se traduce en nuevas experiencias, siempre dispuestas; en plenitud de conocimiento, comprensión más profunda, amor más exuberante y paz y bienaventuranza inalterables. No importa que fenezca todo, porque todo emana del Manantial Eterno, y Éste jamás ha de faltar.

Pero esta puerta, aunque la más importante, no es, sin embargo, la única que se abre a la religión. Recordaréis que he dicho que la evolución de la conciencia va paralela con la organización cada vez más delicada del cuerpo; que con el desenvolvimiento

del divino Espíritu en el hombre, se despiertan nuevos poderes en su tabernáculo material. Los sentidos correspondientes a los mundos superiores están próximos a abrirse en cada uno de nosotros, y si me preguntáis en qué fundo esta aseveración, mi contestación será sencilla: Si, por ejemplo, a una docena de vosotros se les suspende el uso de los sentidos físicos por medio del mesmerismo (hipnotismo), de modo que no podáis ver, oir, gustar, oler ni tocar nada del mundo físico, en diez de los doce podrán manifestarse estos sentidos internos; podrán dar testimonio de la existencia de un mundo más sutil; y el que un hombre o una mujer pueda adquirir por medios artificiales la clarividencia o la clariaudiencia o la capacidad para tocar y sentir cosas que el tacto ordinario físico no revela, y que paralizando la parte física puedan estos sentidos rudimentarios actuar, aunque dentro de ciertos limites, es una prueba de que el hombre se halla a punto de poner en acción estos sentidos rudimentarios. Sólo por medios artificiales pueden ponerse ahora de manifiesto: pero lo cierto es que ellos se manifiestan y no podrían hacerlo si no existieran, por más que se paralizase el cuerpo físico denso. Funcionan porque están allí, pero cuando los sentidos más torpes están en actividad, las fuertes vibraciones de éstos, debilitan las delicadas de aquéllos. Pero, porque están presentes, aunque solo parcialmente desarrollados, pueden manifestarse en la mayor parte de los asistentes a cualquiera reunión como ésta.

Y no es el mesmerismo el único medio artificial capaz de estimularlos, aunque lo he citado el primero, por ser práctica y universalmente reconocido por la ciencia; pero si este es de fácil empleo y aplicable a cualquiera, no así los otros procedimientos, que requieren una conciencia suficientemente evolucionada para reconocer como probable la existencia de estos sentidos. Una vez alcanzado este grado de evolución de la conciencia, pueden ponerse en actividad dichos sentidos por un esfuerzo deliberado y sostenido; es decir, por la meditación, que no es más que concentración del pensamiento. Cualquiera capaz de sostener su atención, de pensar fijamente en una cosa por algún tiempo sin permitir vagar a la mente, está pronto para empezar la meditación, y también, aunque no lo parezca a primera vista, la mayor parte

de los que se entusiasman por una simple idea de elevada índole, que, por decirlo así, se apodera de ellos hasta el punto de hacerlos mártires o héroes por ella. No quiero decir que este estado sea el más perfecto. No lo es; puesto que no es mejor ser poseso de una idea que poseerla. Esto último implica un grado superior, pero la aptitud para ser poseído por una idea supone la aproximación a las alturas del reino del ideal; y muchos hombres y mujeres tachados de fanáticos, refractarios a someter sus locas ideas a la razón, los soñadores del mundo, los utopistas, los poetas que sueñan en una futura edad de oro; estos hombres y mujeres que desprecian lo presente, a veces sin razón, en su selvático entusiasmo por la idea que los embarga, están ya pisando el umbral del poder de concentración de la mente, que, cuando sean dueños de sus ideas, los conducirá a la siguiente etapa del progreso humano. La meditación despierta los sentidos artificialmente; es decir, acelera la evolución normal por el conocimiento de las leyes del pensamiento y su utilización para los fines que se persiguen. Sólo puede llamarse artificial a este procedimiento, asimilándole al que emplea un ganadero para obtener un tipo especial; y es, el aprovechamiento de las leyes de la naturaleza que ayuden y evitación de las que estorben; la renovación de todas las fuerzas y energías adversas para facilitar el libre juego de las favorables. Lo mismo digo de las leyes mentales, de las que rigen la evolución de la conciencia. El que las conoce puede emplearlas científicamente para el desenvolvimiento de los poderes superiores de la mente, que a su vez se emplean en la organización del cuerpo sutil, que como vehículo de la conciencia, ha de estar a las órdenes de la voluntad de saber. Esto se efectúa ya dentro de vosotros y de aquí las perturbaciones nerviosas que os afligen: pero, una vez que vuestra inteligencia se halle en posesión de la ley, podréis ir refinando el sistema nervioso sin peligro para la salud. Pero esto está sujeto a reglas, contra las cuales cocea mucha gente; exige el dominio físico de sí mismo, que no es precisamente popular en la actual civilización de lujo y regalo; la reducción del cuerpo físico a instrumento de la conciencia, no permítiéndole comer, beber ni dormir más que lo conveniente a nuestro propósito de conservar la salud, para que nos pueda servir, y no para

que sea nuestro dueño, ni siquiera igual al Espíritu. Este es el régimen propio para el aceleramiento de la evolución del cuerpo astral y de los sentidos más sutiles que le pertenecen. Muchos lo siguen ya entre nosotros: la naturaleza provee a ello; pero no tan rápidamente como lo haría si a su obra se asociara la del hombre.

(Continuará)

(Traducido de «The Changing World» por Juan Zavala.)



IGLESIA CATÓLICA LIBERAL

EXPOSICIÓN DE PRINCIPIOS

(Continuación)

In necesariis unitas, in dubiis libertas, in omnia charitas.
S. AGUSTIN.

Id teneamus quod ubique, quod semper, quod ab omnibus creditum est; hoc est etenim vere proprieque Catholicum.
SAN VICENTE DE LERINS
(Commonitorium, 434 después de J. C.)

No en la posesión exclusiva, sino en la aceptación universal, se encuentra la huella de la verdad.
ANNIE BESANT.



A Iglesia Católica Liberal existe para impulsar la obra de su Maestro, (Cristo), en el Mundo, para alimentar a Su rebaño.

Es una organización independiente y autónoma; ni Romano-Católica ni Protestante, sino Católica. En modo alguno depende de la Sede de Roma, o de cualquiera sede o autoridad aparte de su propia administración. Pretende combinar la forma tradicional del culto católico, (con su magnífico ritual, su misticismo profundo y su sostenido testimonio de la realidad de la gracia sacramental), con la más amplia medida de libertad intelectual y respeto para la conciencia individual.

El linaje apostólico de la Iglesia Católica Antigua o Arcaica, (cuyo nombre en Inglaterra se ha cambiado por el de Iglesia Católica Liberal), se deriva de la antigua sede arzobispal de Utrecht, en Holanda, la Sede-Madre del movimiento Católico Antiguo, anteriormente Católico Romano, pero hace doscientos años, inde-

pendiente de la autoridad papal. La Iglesia holandesa fué fundada en el siglo VIII por el misionero inglés San Willibrord, y consolidada por su sucesor San Bonifacio, inglés también; de modo que en realidad es un vástago de la antigua Iglesia de Inglaterra.

CREDO

La Iglesia Católica Liberal toma la inspiración central de su obra, en su intensa fe en el *Cristo Viviente*, creyendo que la vitalidad de una Iglesia gana en la proporción en que sus miembros, no sólo conmemoran un Cristo que vivió hace dos mil años, sino que se esfuerzan también en servir de vehículos para el Cristo Eterno[1] que siempre vive como poderosa Presencia Espiritual en el Mundo, guiando y sosteniendo a Su pueblo. Acepta en el sentido llano y literal, la maravillosa promesa de Cristo, cuando estaba sobre la tierra: «He aquí, que estoy con vosotros siempre, hasta la consumación de la edad» *(San Mateo* 28 : 20); o también: «Donde dos o tres se reunen en Mi Nombre, allí estoy Yo entre ellos» *San Mateo* 28 : 20).

Considera que esta promesa da validez a todo culto cristiano, con tal de que sea serio y sincero, cualquiera que sea, y considera que la Iglesia Católica de Cristo abraza «la bendita congregación de todos los fieles», es decir, a todos los que depositan su fe y su creencia en El. Pero mantiene, además, que al paso que la promesa de la Presencia en los creyentes individuales es así efectiva, nuestro Señor también ha indicado ciertos ritos o Sacramentos para mayor ayuda de Su pueblo, para ser canales *especiales* de Su poder y bendición. La administración de ellos fué confiada a hombres puestos aparte en orden graduado e investidos con poderes distintivos para el objeto. Por tanto es verdadero afirmar que Cristo fundó Su Iglesia, en cierto modo como una sociedad organizada.

La experiencia muestra que Dios, en Su Sabiduría, labora en múltiples y diversas vías para llevar almas hacia El, pero en estos Misterios, (como los llama la Iglesia Oriental), tenemos medios de gracia «convenidos», indicados por el mismo Cristo; signos externos y visibles de una gracia interna y espiritual o poder, en que la protectora presencia de nuestro Señor bendito y la operación del Espíritu Santo se manifiestan a los hombres bajo el velo de cosas terrestres.

En consonancia con el Concilio de Trento y el Sínodo de Bethlehem, la Iglesia Católica Liberal reconoce siete Sacramentos fundamentales, que enumera como sigue: Bautismo, Confirmación,

---

(1) «Antes de que Abraham fuera, yo era» (S. Juan 8 : 58).

la Santa Eucaristía, Absolución, Santa Unción, Santo Matrimonio, Santas Ordenes. Para asegurar la eficacia para el devoto de estos medios de gracia, la Iglesia Católica Liberal guarda con el cuidado más celoso la administración de todos los ritos sacramentales, y ha preservado una sucesión episcopal que es «negociable», es decir, reconocida como válida por todas aquellas Iglesias de la Cristiandad que mantienen la sucesión apostólica de las Ordenes, como doctrinas de su fe.

Además de establecer estos ritos sacramentales, Cristo legó a Su Iglesia un cuerpo de doctrina y un cuerpo de ética. De aquí que la Iglesia Católica Liberal reconozca un depósito de fe «dado una vez a los santos» *(Judas*, 3). Esta revelación, como Santo Tomás de Aquino muestra, fluye por las dos corrientes confluentes de la Tradición y de la Sagrada Escritura; pero el depósito fue al principio transmitido oralmente *(Timoteo* 2: 2; II *Tesalonicenses* 2: 15), y este método de perpetuar la Tradición Apostólica persistió hasta los tiempos relativamente próximos en las *disciplina arcani*. Por consiguiente, la Iglesia Católica Liberal está muy lejos de sostener la teoría de la Cristiandad-bíblica, así llamada, que considera la Sagrada Escritura como regla única de fe. (1)

Parte de esta Tradición Apostólica, como, por ejemplo, la doctrina de la Santísima Trinidad, fué compendiada en los varios Credos que circulaban en la primitiva Iglesia. Otras porciones, tales como la Doctrina de la Santa Eucaristía, a la vez que encontró alguna expresión en los escritos Patrísticos, persistió principalmente como tradición, y sólo más tarde fueron expuestas por escrito. De los Credos han sobrevivido tres por autoridad conciliar, es decir, el Niceno-Constantinopolitano, el de los Apóstoles y el de Atanasio; siendo el primero el de mayor autoridad y, en efecto, el único oficialmente reconocido en las Iglesias Orientales colectivamente.

La Iglesia Católica Liberal recita este Credo Niceno en la Liturgia de la Misa y lo reverencia como símbolo honrado por la Iglesia en el tiempo, y como confesión de la revelación cristiana.

Pero, al mismo tiempo, mantiene firmemente que «la creencia debe ser resultado del estudio o de la intuición individual, no su antecedente», y que una verdad no es tal verdad *para un individuo*, ni la Revelación tal revelación, hasta que el hombre ha visto

---

(1) «La Biblia y sólo la Biblia es la religión de los Protestantes».—*Chilling-worth*. «Las tradiciones de la Iglesia tienen que buscarse en la Sagrada Escritura, y las tradiciones que se refieran a un artículo de fe que no se encuentren en ella, no deben aceptarse.—*Philaret,* Arzopispo de Moscow.

la verdad por sí mismo. Por lo tanto, permite a sus miembros la más amplia libertad en la interpretación de la Escritura, los Credos y la Liturgia. Tal libertad es una necesidad natural en la práctica, porque los hombres se encuentran en diferentes peldaños de la Gran escala conducente a la perfección espiritual y están tan completamente distanciados como polos opuestos, en inteligencia, en temperamento y en la índole de sus varias necesidades. Además, las palabras, a la par que dan expresión al pensamiento, también limitan su plenitud; «las palabras y las definiciones son finitas; pero la Verdad pertenece a los Mundos infinitos». Cualquiera exposición formal de verdades supersensuales, debe ser, por la naturaleza de las cosas, un bosquejo imperfecto de lo que se trata de comunicar. En la Iglesia Romana, donde se insiste rígidamente sobre la autoridad o *magisterium* de la *ecclesia docens*, esta libertad se presume de un modo tácito y extraoficial; y la experiencia revela, como la lógica exige, que existan presentaciones graduadas de la enseñanza, desde el nivel del campesino al del hombre culto, (*Corintios* 3: 1 y 2). Es seguro que las afirmaciones del credo, tales como la ascensión a los cielos y el estar sentado a la diestra del Padre, son en la práctica «interpretadas» por todos los pensadores cultos; la primera quizá conmo una ascensión no en términos de espacio, sino en un modo de existencia más espiritual; la segunda como expresando de un modo figurado, la suposición del poder y la gloria. Sea lo que quiera lo que esas cláusulas pueden haber significado originalmente, ahora se entienden por esas personas en distinto sentido del que le daba el creyente de los primeros tiempos, cuyo concepto del Universo era geocéntrico, y el espacio de tres dimensiones. Hay muchos, en esta edad de más precisión mental, que sólo pueden atribuir a ciertas cláusulas del Credo, una significación alegórica o simbólica, más bien que histórica, (tales como, por ejemplo, la exposición del nacimiento de la Virgen, que se pretende por casi todas las encarnaciones divinas de otras religiones). El propio testimonio de Cristo sobre la herencia del Reino de Dios, como se expone en la parábola de las ovejas y los machos cabríos, (*San Mateo*, 25 : 31-46), no se refiere a la ortodoxia teológica, sino que depende de las buenas obras. Siendo en general cierto que la creencia recta predetermina la conducta recta, no puede empero pretenderse que implique un cambio de conducta la aceptación de una interpretación menos literal, en cláusulas como las indicadas. El libre reconocimiento de este «derecho de interpretar», extirpa un cáncer moral e intelectual, que está corroyendo el corazón de la vida de la Iglesia moderna.

El Cristianismo, tan certeramente proyectado por Su Divino

El día del Juicio está cerca

Notas editoriales de *The Herald of the Star* de Julio 1919.

(Conclusión)

¿CUÁL es esta fórmula? Que si es verdad que la Voluntad divina actúa hoy visiblemente con un fin determinado, la Humanidad tiene ante sí sólo tres alternativas: cooperación, resistencia o indiferencia. Nada podrá torcer a esta Voluntad de su propósito, pero el efecto de su presión sobre la vida humana depende necesariamente de la actitud en que el hombre se coloque hacia ella. Si la Humanidad reconoce, comprende y acepta todo el gran plan y se dispone a prestar su cooperación voluntaria, tendrá que sufrir poco o nada por su proceso o ejecución. El sufrimiento viene siempre de la indiferencia o de la resistencia. Al indiferente, hay que azuzarle o asustarle para que tome interés: la resistencia, hay que quebrantarla o aplastarla. He aquí la sencilla solución del problema, consecuencia de aceptar la existencia de una Voluntad divina y un fin divinamente determinado; y esto nos ayuda en gran manera a comprender lo que ocurre hoy en el mundo. «The Herald of the Star» cree, después de meditarlo bien, que no hay sufrimiento en estos momentos en el mundo cuyo origen no encuentre un atento examen en la existencia, bien de alguna circunstancia de rigidez, que resiste a la fuerza reformadora del Espíritu, o bien de la pereza que rehusa prestarle atencion; y toda la obscuridad y los presagios sombríos del día son sencillamente los medios necesarios para abatir la resistencia y convertir la obscuridad en mayor claridad de percepción.

* * *

Esto a su vez nos capacita para ver con mayor precisión el funcionamiento de estas fuerzas destructivas que laboran en el mundo en estos momentos y de las que al parecer procede principalmente la amenaza para el porvenir. ¿Cuál es la verdadera interpretación de este espíritu anárquico que parece amenazar a la vida civilizada en sus fundamentos mismos? No es seguramente la de que el mundo futuro haya de edificarse sobre los principios profesados por los que dan cuerpo a este espíritu. Esto sería una contradicción, porque no es posible que una fuerza destructiva construya. Tampoco puede significar que todo lo que empuja al hombre pensador al movimiento social corriente: su materialis-

mo, su egoísmo, sus odios de clase, su carácter vengativo, su inclinación al desórden por el desórden, su carencia de los elementos más sutiles y espirituales, haya de ser el espíritu de la nueva era. Interpretado a la luz de la fórmula, su objetivo es muy otro. Es simplemente una arma en las manos de la divina Voluntad, destinada a llevar a cabo por el temor, el dolor y las molestias, lo que podría realizarse en condiciones ideales, feliz y pacíficamente, por la cooperación. El espíritu de fiero egoísmo, sólo puede conservar su fuerza hasta que despierte el del desprendimiento voluntario. El odio debe emplearse para hacer surgir el amor; el egoísmo, para despertar el altruismo; la desunión, para dar nacimiento a la fraternidad. De lo negativo puede surgir con el tiempo lo positivo, y hasta que nazca éste, aquél debe continuar manteniendo al mundo en el desórden. El secreto de todo está en una palabra: COOPERACIÓN. Sólo cuando empiece la cooperación pasará el mundo a tiempos más felices y hermosos.

***

No son, pues, los Lenines y los Trotskys y los falsos corifeos de los obreros de todas partes los designados para instructores de la nueva era. Su tarea es esencialmente destructora. Es que la destrucción de las condiciones a que la Sociedad está habituada ha de despertar en ella tarde o temprano la necesidad de reordenarlas, y aun creemos que la tarea se extiende más, y es que sumiendo al mundo en la mayor desdicha, confusión y desesperación, ha de brotar el clamor universal por nuevos ideales, que ocuparán todo lo que el movimiento destructivo ha hecho y lo convertirán por una gran revolución espiritual en movimiento de construcción. Quizá algún día la agonía y la desesperación arranquen del espíritu humano el grito: «¿por qué hemos de pasar por esta terrible lucha, agarrándonos a lo que poseemos y cediéndolo únicamente a la amenaza y a la fuerza, cuando podemos cederlo todo de una vez por desprendimiento voluntario? También se verá que la cesión involuntaria y arrancada después de una resistencia desesperada deja la ruina en su estela; mientras que la donación voluntaria desarma al receptor y enaltece la posición del donante. ¿Cuál ha sido en la historia la suerte de los que han combatido hasta la última trinchera contra las reformas y la justicia? No sólo han sido despojados de todos sus bienes, sino que además han perdido la vida. Y ¿cuál ha sido el destino de los que se han sacrificado por los demás; de los que han cedido por un espíritu de amor espontáneo? ¡Amor y honor universales, temprano o tardíamente reconocidos por lo que realmente son! También es, hablando de los problemas sociales, que «el odio no cesa por el odio,

sino por el amor». Esta es la gran revolución que el porvenir traerá consigo, revolución constructora y llamada a abrir el camino a la nueva era. Esta es la manera de desarmar al gran movimiento de odio y desunión que aflige hoy al mundo y cuyo verdadero objeto, a la luz de la citada formula, es reducir las cosas a tal estado que hagan ver que esta gran revolución es el único paso abierto para un mundo llevado a la quiebra por el espíritu de la era que muere.

* * *

Por supuesto que «The Herald of the Stard» relaciona todo esto con el advenimiento de un gran Instructor del Mundo. El mundo no está aún preparado para recibirlo, pero tiempo llegará en que tal advenimiento se realice como única posibilidad de salvarle del caos y de la muerte. Habrá de enseñar que los ideales que durante siglos vulgarizó por las ceremonias de sus cuantiosas religiones son, después de todo, los verdaderos ideales, y que, como constituyentes de un poder vigoroso, no pueden impunemente relegarse a las lejanas regiones de la teoría y *servicio de pico;* y la ocupación del Gran Instructor, según la concebimos nosotros, será la de conducir esta casa a la conciencia de la Humanidad; no la de predicar una nueva serie de ideales, porque esto es imposible; sino simplemente revelar el hecho de que las eternas verdades son verdades eternas; verdades, tanto para el mundo de hoy como para el de la legendaria antigüedad.

* * *

Creemos, pues, que el gran movimiento constructor, el movimiento de desinterés, empezará con el comienzo de una gran renovación espiritual; y tenemos bastante historia para mantenernos en la creencia de que toda renovacion ha de tener su Renovador, su gran fuerza inicial. De acuerdo con esta creencia, sostenemos que todos los disturbios de nuestros días son medios para llevar a la Humanidad por un proceso de sufrimiento y purificación a un punto en que no pueda dejar de oir la voz de la Divina Sabiduría, cuando una vez más hable a los hombres en lenguaje articulado. Una vez más en su larga historia se encuentra la Humanidad frente a frente con lo más profundo de la vida. Ella lucha desesperadamenle para evitar este encuentro y continuar en su antiguo camino, fácil y descuidado; pero el gran ciclo nos rodea y el día del juicio está cerca. No un día de juicio en su sentido convencional, sinó un día de discernimiento en que habrá de elegirse definidamente entre la verdad y el error. Demasiado tiempo ha vivido nuestra civilización sobre ficciones: falsos valores, falsos conceptos, hipocresías y *auto-engaños*. Llega ya el día

en que por fin han de abrirse sus ojos, y toda la baraúnda y los trastornos del día no son más que la primera presión de la realidad irresistible. Ninguna civilización ha caído más que por su debilidad inherente. Dondequiera que haya desórden hay una causa que lo origina. Es nuestra labor de los años venideros averiguar dónde reside esta debilidad y descubrir la naturaleza de esta causa.

(Traducido por Juan Zavala.)



Keshub Chunder Sen

Mensaje de Asia a Europa

Por HARENDRANATH MAITRE

(La pretensión de ser Asia la madre espiritual del mundo es capaz de asombrar a los irreflexivos, pero es provechoso oir a uno qne hable a Europa desde el punto de vista asiático. Aunque es cierto que existe una gran tolerancia entre los más instruídos, no debe olvidarse que el ignorante fanatismo se manifiesta lo mismo en Oriente que en Occidente.)



L manto del Maharshi Debendranath de Tagore cayó sobre Kesub Chunder Ser, quien llama al Maharshi su padre espiritual. Acostumbraban a pasar días y noches en conversación religiosa. El Maharshi tenía mas del doble de la edad de Keshub, pero las dos almas bebieron el néctar del mismo sagrado rio de los Cielos.

«Tan sólo es media noche, ¿por qué os habéis de ir tan pronto. Keshub?»

«Sí, padre, hablaremos más del asunto», respondió Keshub.»

La señal distintiva de todos los hombres verdaderamente grandes es su universalidad. Son universalmente nacionales, tienen espiritualidad y universalidad inmensas. Tal era Keshub Chunder Sen. Del profundo amor espiritual entre él y el Maharshi debía fiuir necesariamente una gran oleada de espiritualidad.

La India del siglo XIX contribuyó con una nota especial a la música del mundo. El sonido va extendiéndose a lo lejos. Era una nota de unidad. Resonó en el más apartado retiro de los Himalayas, afectó a Ceilán, vibró por en medio de muchos paises y llegó a Inglaterra. Era una intimación para armonizar todas las discordancias. Cuando la India la oyó se originaron muchos mo-

vimientos; revivieron viejas tradiciones; hubo un fermento de ideales sociales y politicos; la vida espiritual oculta en las gentes fué despertada una vez más para dar al mundo del hombre, buenas nuevas de gran alegría. El movimiento originado en Bengala se extendió inmediatamente por toda la India. Al brotar del suelo indo fué infundido con todo el idealismo espiritual de las aspiraciones universales de la India.

El espíritu de la India es ver al Universo en el átomo y comprender al átomo en el Universo. Por dicha razón este espiritu es ortodoxo. Llamad a la religión de la India con cualquier nombre, y tendréis siempre el espíritu del Catolicismo. Muy profundo es, verdaderamente, el sentido moral de nuestro sistema religioso. Ha dejado un legado único en las mentes de los hijos de la tierra.

La religión del indo es especialmente conocida con el nombre de Induismo, pero carece de credo. Es una nota de cultura espiritual y así todas las fes y cultos que de esta robusta nota han brotado de tiempo en tiempo, expresan un gran ideal de progreso.

Las diferentes creencias y cultos que, nacidos en la India, han representado diferentes aspectos de la vida religiosa del hombre, se han absorbido en una armonía.

En las primitivas edades del progreso de nuestra civilización, cuando las mentes de los hombres habian conseguido divorciarse del Sendero central, vino Shri Krishna a dar la nota de unidad. La doctrina de los Vedas, los Upanishads y Puranas influyó en mentes puras, y diferentes sectas abogaron por una u otra Escritura despreciando las otras. Así hubo quienes siguieron los Vedas y admitieron el Karma o acción, como el más importante ideal en los asuntos humanos, descuidaron el sendero de Yñana o conocimiento, y los que siguieron los Upanishads y el sendero de Yñana olvidando el espíritu de Acción de los Vedas y el Bhakti o Amor-Devoción de los Puranas. Shiri Krishna llegó a unir todos estos sistemas por medio del más profundo espíritu de Bhakti. Sus enseñanzas llegaron a la conciencia del pueblo indo por el ideal del amor que dió al mundo a causa de las varias fases de Su vida, y han concedido un puesto glorioso al nombre de Shri Krishna.

El *Bhagavad Gîta*, que se está traduciendo a todos los idiomas del mundo, se convierte en una valiosa posesión de la raza humana. En un sentido real, Shri Krishna fué el primer ministro del Evangelio de la Humanidad. En su religión dió la nota personal de la vida del hombre. Lo que antes era idea abstracta y teórica llegó a ser realidad en Su vida hace cerca de cinco mil años. Desde Su época se han sucedido varias Encarnaciones con sus notas especiales para despertar a las soñolientas naciones del

mundo. La Religión, en aquellos días, no tomó nombre; así es que cuando Shri Krishna habló en Su inmortal canto, el *Gîta*, enunciaba los principios generales de la Armonía y legaba Su propia vida en demostración de estos principios. Después de Su tiempo aparecieron, no solamente en la India sino en otras partes del mundo y más especialmente en el corazón del Oriente, varios grandes hombres representantes de diferentes aspectos de la vida. A la India llegó el Buddha, después el gran Shankara con su monismo universal; llegaron después diferentes instructores: Vaishnava con su ideal de devoción que implica dualidad.

Muchos instructores diferentes vinieron. En el Panjab el gran guru Nanak; en la Presidencia de Bombay, Tuharam; en el norte occidental, Kavir; en la India meridional, Ramanuja, y otros; mientras que Bengala presenció aquella Encarnación de Amor, Chaitanya. Después también la vida de Jesús plantó una semilla maravillosa para la humanidad. En el corazón de Jerusalén floreció un árbol que dió refugio a muchos. Porque, verdaderamente, Jesús es el «Príncipe de los Sanyasis», cuya luz se extendió sobre todo el Occidente. Su Evangelio dió una poderosa sacudida a las naciones del mundo que estaban dormitando, entre las cuales aparecieron grandes discípulos para llevar la Cruz hacia adelante. La devoción de los primitivos Padres cristianos añadió la lección al mundo occidental. Más tarde, el catolicismo romano fué el campeón hacia el espiritualismo de la raza. El advenimiento de Martín Lutero conmovió hondamente los secos huesos del formalismo. En el mundo científico, hombres como Darwin, Faraday y Newton, y en América la inspiración especial de Emerson, han ensanchado ampliamente el objetivo de las posibilidades humanas. Todas estas enseñanzas tuvieron éxito gracias a la ayuda de la ciencia moderna. El vapor y la electricidad favorecieron el amplísimo intercambio de estas ideas. La Prensa se inventó de nuevo, y otro importantísimo acontecimiento ocurrió en la historia del mundo: Inglaterra ocupó la India. Este acontecimiento, sea como se considere, ha posibilitado la unión del Oriente con el Occidente de más material manera que hubieran podido conseguir el vapor o la electricidad por sí sólos.

La India, desde el principio de la civilización de la humanidad, se ha conservado intacto como fuente de la evolución espiritual. No queremos decir que ninguna otra parte del mundo haya dejado de tener participación dando forma al pensamiento religioso en la evolución mundial; pero la India ha encauzado y está siguiendo la corriente espiritual. Habrá de llegar el tiempo de un lenguaje común para extender este tesoro espiritual oculto durante siglos en la caverna y en el monte, en el arroyo y en la llanura. Por

esto, la llegada de Inglaterra a la India, fué el más importante acontecimiento de la historia. Keshub Chunder Sen vió en la unión de ambas, las posibilidades de una evolución religiosa del mundo.

La elección de ciertos hombres para un propósito especial, se hace por divino llamamiento. ¿Cuál es la razón inescrutable de esta elección? ¿Quién puede saberlo? Nosotros solamente sabemos que la muerte de un gorrión, el crecimiento de una brizna de hierba o el nacimiento de un niño, están previstos hace millones de edades. Nosotros necesitamos respirar, lo cual ocurre porque la atmósfera existe. Necesitamos apagar nuestra sed, para lo cual salen todos estos arroyos del seno de la madre Tierra. Necesitamos comer, y tenemos el sol y el fuego. Todo fué creado edades antes del nacimiento de nuestra necesidad. Toda la posibilidad de la creación está en El, y Su creación se transmite de una a otra eternidad. El Evangelio de la evolución religiosa del mundo viene de la India. La India fué la tierra elegida para este propósito. No hay otro país que haga vibrar de tal modo la nota de la Unidad. Hace próximamente cinco mil años que Shri Krishna dió este Evangelio a Arjuna en el campo de batalla de Kurukshetra, y en la décima novena centuria la misma nota de Unión, por medio de una clave diferente, la ha dado en la India Keshub Chunder.

La tierra de los indos es una espléndida y católica tierra; por esto en el pasado, lo mismo que en el presente, nacieron allí grandes Instructores, quienes han pulsado la misma nota de unidad en tiempo y hora oportunos. Es innegable que hubo y aún hay tiendas entre las diferentes religiones, y que las habrá hasta que nos convenzamos de la eterna verdad de que la fuente de todas las religiones es la Fuente del Amor. Cultos y creencias distintas han nacido en la India, aparentemente opuestas unas a otras algunas veces, pero con central unidad en las enseñanzas de Krishna en el *Gîta;* y el espíritu de tolerancia en la India ha sido más intenso que en cualquiera otra parte del mundo. La India es el único país donde no ha habido persecuciones religiones. Al contrario, acoge benévolamente a todas las creencias que hay en el mundo. El Islamismo llegó a sangre y fuego y profanó muchos templos induistas. «Dulces hijos del Profeta de Arabia, llegad y permaneced durante el tiempo que queráis al lado de vuestro hermano indo. Habéis destruído mi templo; pero perdonadme, yo debo devolveros un trozo de tierra para vuestro musjid.» Así hablan los indos. A los cristianos les dicen: «venid y edificad una iglesia en el mismo lugar en que maldijisteis de mis devas. Sois niños, ¡oh hermanos cristianos! Todavía no habéis comprendido el misterio de la cien-

cia ni la filosofía de las imágenes.» No hay sólo materia; en todas existe Dios. El nombre del Dios de los indos no es uno ni son dos, sinó trescientos millones, y aún más. «Infinito es Tu Nombre», así canta el indo desde sus cuevas en los ingentes Himalayas, desde el bosque de Vrinda, desde las selvas de Argavata.

(Continuará)

(Traducido de «The Herald of the Star« -Enero 1917-, por Angel Calvo Blasco.)

La Naturaleza del Misticismo

POR C. JINARAJADASA

(Conclusión)

El Misticismo teosófico



ORMA la Teosofía moderna un conjunto tan vasto de ideas, que a primera vista parece imposible considerarla como una modalidad del misticismo. Los principios todos de las grandes religiones y de las grandes filosofías se encuentran representados en la Teosofía, que si bien parece panteísta cuando se examinan algunas de sus enseñanzas, es al mismo tiempo el más puro y elevado monoteísmo. En parte alguna encuentra la devoción más noble alimento que en ciertas enseñanzas teosóficas; y sin embargo, la importancia que concede al aspecto Sabiduría de la existencia, hace de la Teosofía una filosofía científica. La aceptación por la Teosofía del misticismo ritualístico y sacramental, como uno de los medios de descubrir la gran realidad, no es menos sorprendente.

Aparte de esto, la Teosofía moderna está en vías de desarrollo agregando hecho tras hecho a la antigua Teosofía trasmitida por la tradición a través de las edades; y puesto que la misma Sociedad Teosófica es incompetente para determinar lo que constituye la Teosofía, será preciso buscar el misticismo teosófico en los ideales de los teósofos notables más bien que en los libros. Sin embargo, hay en Teosofía tres conceptos principales que nos dan la clave de su característico misticismo, siendo el primero de ellos el que nos describe la naturaleza de la gran Realidad. Esta gran Realidad es considerada a la vez como transcendente e in-

manente, como Logos absoluto y Logos creador, de donde se infiere que toda la creación, todas las cosas, cualesquiera que sean, visibles o invisibles, participan de la naturaleza divina y que la Divinidad existe, no obstante, en uno de sus aspectos transcendentes que no está contenido en Su creación.

El segundo concepto es que el hombre es una expresión de la Divinidad, «verdadero Dios del verdadero Dios» y que a semejanza de su Creador, participa de la doble naturaleza de lo transcendente y de lo immanente. Como immanente el hombre es una vida en vías de expansionarse, evolucionando a través de las regiones inferiores de la vida hasta la humanidad, y más tarde hasta los reinos superiores en la escala de la creación; y apesar de esto, en su aspecto transcendente, el hombre, la «mónada» es sin cesar, en el seno de su Padre, en perfección actual y no en perfección futura.

El tercer concepto es que el universo, en todas las fases de su cambiante vida, está guiado por la Conciencia divina con el único fin de permitir al hombre, como immanente, que expansione en sí el germen latente de la Divinidad, a fin de que pueda reconocerse, conscientemente, como transcendente.

Estos conceptos tan característicos de la Teosofía han dado nacimiento a un misticismo teosófico que puede exponerse así:

El Tema.—Es el «Plan del Logos». Este concepto domina el misticismo teosófico, considerando que en cada momento del tiempo, cada partícula de energía revela «el plan de Dios, o sea la evolucion». Un grandioso Pensamiento divino edifica y desenvuelve desde el átomo, hasta el alma humana y las estrellas, obedeciendo todo a un plan. Este Pensamiento que obra, este plan que se ejecuta, están llenos de radiante amor, de omnipotente pujanza y de Sabiduría maravillosa. El Logos, arquitecto del Plan, es por sí mismo el Plan. Así la manera de comunicar con El y de descubrir el Dios, que somos nosotros mismos, es trabajar por el Plan, cooperan con él sin cesar.

El Plan se revela en todos los mundos y en todos los estados de la evolución. Cuando se condensaron las nebulosas en planetas, obedecieron al Plan; cuando en los átomos se desarrollaron las afinidades que les hicieron constituirse en moléculas, obedecieron al Plan; estado tras estado el Plan se ejecuta y en la escala ascendente de la evolución aparecieron los órdenes según el Plan. Y lo mismo sucede con relación a todos los humanos asuntos; el incremento y decadencia de las civilizaciones, el levantamiento y caída de los imperios, la aparición de instructores religiosos, legisladores, profetas y mártires, todo se produce según el Plan. Para lograr sus fines emplea los hombres individual y también

colectivamente, como naciones y como razas. Cada cosa creada es un agente del Plan.

El inmola y salva; nada puede impedirle
Ejecutar los decretos del Destino.
En su telar los hilos son el amor y la vida;
La muerte y el dolor mueven las lanzaderas.
Él rehace y deshace reparando todas las cosas.
Su obra presente es mejor que la precedente
Y sus sabias manos construyen lentamente
El maravilloso modelo cuyo plan concibe.

Porque este grandioso Plan no es un funcionamiento mecánico de las fuerzas de la naturaleza. Es un Ser «más próximo que el aliento», «más próximo que los pies y las manos», un personaje maravilloso que sostiene las manecitas del niño que ora, y sumerge sus miradas en la faz del mártir a quien envuelven las llamas. Rebasando toda personalidad y, sin embargo, Personaje sublime, el Plan eleva a El al santo a quien la devoción inflama y al amoroso que se ofrece al Ideal. Entrever un vislumbre del Plan es ver la vida en su totalidad y belleza; saber cooperar con el Plan, es saber lo que es verdaderamente la vida.

EL MÉTODO.—El método del Misticismo teosófico es el Sendero del discípulo. El Plan del Logos no se revela solamente en la Naturaleza, sino también en la personalidad y tiene su expresión en un Maestro de la Sabiduría, con una perfección que no rebasa en mucho a la posibilidad de que lo comprendan el corazón y el espíritu humanos. El Plan se cristaliza de misteriosa manera en un Maestro de la Sabiduría, perfecto espejo del Pensamiento divino, conductor sin defectos de la Voluntad divina. Por lo tanto, el Maestro es a la vez el Guru y el Deva, el Señor y el Maestro; y el alma que sirve a su Maestro sirve al Plan.

El método, por consiguiente, es el Sendero de Discípulo, no tratándose aquí de ser simplemente un educando o un estudiante. En el misticismo teosófico el discípulo es, principalmente y ante todo, un aprendiz de su Maestro, y es más bien un trabajador que un estudiante, pues, siendo el Plan, el Gurudeva es un Trabajador grandioso. En los mundos visibles e invisibles trabaja noche y día engendrando nuevas formas de vida y aportando nuevos pensamientos a los hombres para ocupar su mental con nuevas esperanzas. El fin del discípulo es comprender el trabajo de su Maestro, tomar parte en él y ejecutar aquellas partes que convengan a sus aptitudes, dejando de esta suerte disponibles las energías de su Maestro para más amplios trabajos. El conocimiento que el discípulo anhela no tiene otro fin que el de permitirle ejecutar mejor el trabajo de su Maestro, y su esfuerzo por purificarse no

tiene otro objeto que el de apropiarse lo antes posible el pensamiento de su Maestro para ser un más útil canal de su voluntad.

Según las necesidades de la obra del Maestro, puede ser el discípulo un recluso que no tome parte alguna en los movimientos del mundo exterior, o puede encontrarse en el torbellino del mundo proclamando el mensaje del Maestro por la palabra y los actos, procurando modelar los acontecimientos de manera que sea más facilmente realizable en el mundo el plan del Maestro.

Pero el estado de discípulo no significa solamente que el alma se esfuerce en servir al gran Plan tal como se refleja en su Maestro; implica también que el discípulo crezca en la semejanza del Maestro, pudiéndose considerar esto como el verdadero «método» del misticismo teosófico, aunque tal crecimiento sea imposible de realizar sin servir al Maestro en sus grandes Planes. La fuerza de servir y la inspiración crecen regularmente porque el discípulo se identifica cada vez más con la conciencia de su Maestro. Para el teósofo místico la prueba final de que su sendero es el recto, radica en ser consciente de que la personalidad superior de su Maestro penetra lentamente en su pequeña personalidad, dándole una sabiduría que no posee y una fuerza de la que no es capaz. Este crecimiento está señalado por los estados de discípulo en prueba, aceptado e «Hijo del Maestro». Cada estado tiene su parte característica de la vida mística, pero en todos ellos se manifiesta la felicidad de los crecientes poderes consagrados al servicio de los hombres y de Dios, la misteriosa alegría de poseer un Padre y un Amigo que es a la vez «Dios perfecto y Hombre perfecto».

El Ideal.—Si el «método» es el sendero de discípulo, se sigue lógicamente que el ideal deberá ser «el Maestro de Sabiduría». Por lo que se ha dicho del Gurudeva, resulta evidente que el ideal de este misticismo no es el alma liberada, el «Mukta», que entra en el Nirvana donde pierde todo contacto con los hombres sus hermanos. El ideal es el alma perfecta, liberada de todos los deseos personales que la encadenan, perfecto artista en el Plan del Logos. El fin del teósofo místico es el de ser «en manos de Dios como una pluma a través de la que pueda deslizarse Su pensamiento y encontrar su expresión aquí abajo». En vez de retirarse del mundo de dolores, en el que aún viven sus hermanos, el Maestro de Sabiduría se convierte en «un viviente penacho de fuego que irradia sobre el mundo el amor divino que inunda su corazón».

En este ideal, el Alma perfecta se muestra como divino trabajador, con maravilloso brillo; según su temperamento o «Rayo» puede pasar a través de los diversos estados del adeptado, creciendo magníficamente en pujanza, sabiduría y amor, hasta que, según su Rayo, llegue a ser un Manú y un Señor del Mundo, un

Bodhisattva y un Buddha, un Maha Chohan, o un gran Adepto con otras funciones. En cada estado que alcance es de hecho un Ministro del Logos con vastas esferas de actividad y responsabilidad; es un depósito de Sus fuerzas, un director de Su Plan y un agente de Su voluntad. La libertad, que tras largas vidas de labor ha conquistado, decide participarla con sus hermanos todos; viene a ser como un padre para el «gran huérfano»: la humanidad; quiere velar sobre sus destinos como una madre por el porvenir de sn hijo único; y así como la madre protege a su hijo contra todo lo que pueda dañarle y hasta de las consecuencias de sus propios errores, así el Maestro de Sabiduría hace de su naturaleza divina el crisol en que se consume en una gran llama de amor y compasión, toda la maldad humana, no dejando a los hombres más que la parte útil de sus acciones.

El Obstàculo, — Toda vez que el ideal es el perfecto Trabajador, es evidente que el obstáculo será lo que contraríe la ejecucióe del trabajo, o sea la «ecuación personal». Tan sólo trabaja una majestuosa Persona: el Logos mismo; nosotros somos espejos de Su vida, pero toda vez que Su vida brilla sobre nosotros para ser transmitida a los demás, podemos desnaturalizarla o retenerla, siendo nuestra personalidad la que constituye el obstáculo. Cada uno de nosotros ha edificado, en el transcurso de sus numerosas vidas. su «centro individual» de existencia, con su particular ángulo de visión; cada uno se identifica con sus pasadas experiencias y sus ensueños de futuros sucesos. Sin embargo, el centro de cada uno no puede ser el verdadero centro, el del Único en el que vivimos todos. Para alcanzar Su centro debe cada cual renunciar a todo aquello que llamamos nuestra «individualidad.» La renunciación es bastante fácil una vez que el hombre ha entrevisto el Plan de Dios y desde el mismo instante que no aspira más que a ser el perfecto espejo de este Plan. Dia tras dia trabaja por «arrojar lejos el yo», y ver el problema de la vida, en primer término, como le ve su Maestro, y más tarde, como le ve Dios. Sabe, en efecto, que su personalidad incuba en cada pensamiento y en cada sentimiento, obstruyendo el curso de la vida divina; trabaja, por lo tanto, con perseverancia para purificarse por el amor a la Sabiduría, el culto de lo Bello, y por un infatigable celo por servir a sus semejantes. Lentamente su individualidad arroja a lo lejos su «yo«, y la «ecuación personal» se encuentra destruida Vive su vida y no la de otro, pero ya no es él mismo; es Otro.

La vida mística

Hay un hecho que une todos los caminos místicos «en un misterio» y es el de que cuanto más numerosos son los caminos mís-

ticos que haya ensayado seguir y amar un alma, más intensa es la manera de vivir su característica vida mística. Mayor aún que ninguno de los tipos místicos que he descrito es el Panmístico, que acoge con gozoso entusiasmo la gran Vida cuando a él llega a través del sendero que ella escoge para descender.

Ninguna descripción revelará jamás por entero la verdad sobre la vida mística; y razón tenían los griegos al llamar «misterios» a las cosas cuya visión obliga al silencio, porque no es posible describir la entraña de tipo alguno de Misticismo. Cada uno debe por sí mismo hacer este descubrimiento, descubrir el misterio, este «secreto final» que el ser interno, el Ser único, mantiene para sí a través de las edades; y sólo con este fin «yo vengo a esta hora». Cada místico que ha llegado «a esta hora» ha aprendido que todo hombre tiene también su hora y ha deseado conducirle a ella. Y así ha aparecido la gran tradición del misticismo que, cual el incienso en el altar, asciende desde el hombre a Dios, inundando con su perfume el ambiente.

***

He tratado de explicar, de la mejor manera posible, algo de la gran vida mística, tal como la sintieron los místicos de todas las edades. Hasta cierto punto he vivido cada una de estas fases, porque a todas las amo, y cuando las vivía me parecía que cada una era el único camino hacia la Realidad; sé, sin embargo, que aún no puedo hallar con igual deleite estas numerosas rutas, y que mi ecuación personal ha tenido lo que traté de representar, es a saber: que entre los numerosos tipos de misticismo ninguno es el primero, ni ninguno es el último, siendo todos rutas iguales hacia Dios, y las almas las recorren todas con igual velocidad. No son estos los únicos caminos que conducen hacia Dios; hay otros que no pertenecen necesariamente al misticismo, y aparecerán también otras modalidades místicas a medida que el porvenir revele las ocultas bellezas del «plan de Dios, que es la evolución».

El misticismo es como el aroma de las flores en las regiones tropicales, que sólo se exhala a la puesta del sol, y entonces llenan el aire de embriagadores perfumes. Lejos del torbellino de la acción, en una esfera en que no pueden vivir los pensamientos, siente el místico el perfume de la vida y le recoge en su corazón, transformado en cáliz, para ofrecerlo a Dios y a los hombres. Es una bienaventuranza para los hombres que siempre haya místicos en el mundo, pues son los hijos de Dios, sobre los cuales no tiene acción el tiempo, que cantan el alba, en la obscuridad de la noche, y ven la Ascensión del Hombre en la tragedia de su Crucifixión.

(Traducción de J. Pavón.)

LA SOCIEDAD TEOSÓFICA Y BENEDICTO XV



La revista pontificia *Acta Apostolicae Sedis,* del 1.° de Agosto, inserta un *Breve* por el que se condena a la Sociedad Teosófica, prohibiendo a los católicos el pertenecer a ella, etc.

Dejamos a la señora Annie Besant, como presidente que es de dicha sociedad, la tarea de contestar, si le parece, aunque acaso no haga falta, pues, como el *Breve* según lamentable costumbre, no razona, no hay por qué razonar contra él.

Pero sí debemos congratularnos los miembros de la admirable institución fundada en Nueva York en 1875 por H. P. Blavaisky, H. S. Olcott y otros, de haber merecido tanto honor al cabo de los cuarenta y cuatro años que dicha sociedad lleva de existencia. Y digo «congratularnos», porque, cual sucede siempre con las doctrinas teosóficas, se ha venido a cumplir con ello la enseñanza oriental que dice: «sé como la madera de sándalo, que perfuma el hacha que la corta».

En efecto: Benedicto XV—el papa que no fué capaz de ir a las trincheras para contener la matanza humana con los prestigios de su Sacerdocio, a la manera como fué el patriarca de Jerusalén contra Alejandro o San Ambrosio contra los bárbaros—nos demuestra que, apesar de la tal condenación y a su modo ¡se siente también teósofo!

Dígalo sino otro *Breve,* gemelo del anterior, pues que lleva la misma fecha, y en el que, ante el problema de «si los católicos pueden participar con los no católicos en los fines y tareas de cierta sociedad fundada en Londres para procurar la Unidad Crlstiana», decreta *que, efectivamente, pueden y deben participar...*

Es decir que, en el mismo día en que se condena a una sociedad como la Teosófica — cuyo objeto es «la Fraternidad Universal y la suprema síntesis de todas las religiones, ciencias y filosofías o, en otros términos, la plena unidad religiosa entre cristianos, budistas, induistas, sintoistas, etc.,»—el «Representante de Dios en la tierra», el «Jefe del Catolicismo, o sea de la Universalidad religiosa» reprueba semejante anhelo unitario; pero... rindiendo homenaje a la Verdad, que es la más elevada de las religiones, aconseja, por otra parte, que se procure la unión de calvinistas, luteranos y cismáticos griegos; la mera unidad cristiana, en fin, unidad que, después de todo, es una mera parte de aquella, con lo que no hay que repetir que el Papa, a consecuencia de las tendencias unificadoras de los tiempos, empieza a sentirse también teósofo.

He aquí, pues, el más reciente triunfo religioso, entre los numerosos conseguidos ya por la Sociedad Teosófica en menos de medio siglo. En los comienzos de ella, su fundadora Blavatsky recibió el mayor homenaje de la Masonería Universal precisamente por su aspiración unitaria. Seguidamente el co-fundador Olcott logró, con la publicación de su Catecismo Budista, que terminase el cisma secular entre las dos Iglesias budistas del Norte y del Sur, cosa algo más trascendente que la pretendida y deseable unión de herejes, cismáticos y católicos, dado que en el mundo son más numerosos los budistas que los cristianos. Ha poco, la idea teosófica que, mal que les pese, late ya en la entraña de la vida moderna, consiguió el resonante triunfo del Congreso de las Religiones, de Chicago. Luego la señora Besant ha disertado teosóficamente desde el más alto púlpito cristiano londinense, llevada de la mano por la primera autoridad religiosa anglicana después del rey; y C. W. Leadbeater acaba de atraerse a los «católicos viejos», como aquella a los induistas. Hoy, en fin, por encima de la intransigencia católica a lo Pío IX o a lo Hildebrando, aunque sin salirse aun del radio *cristiano,* el Papa, con la nueva sociedad inglesa por él recomendada, empieza a tender *teosóficamente* la mano a cultos distintos del de Roma...

¡Por ahí se empieza! diremos, pues, como filósofos. Si el papa que en la vieja profecía de San Malaquías es conocido por la vieja desinencia de «*Religio depopulata*», aconseja la unión de católicos, herejes y cismáticos bajo la hermosísima bandera del Cristo, otro papa vendrá luego que, rindiéndose a la sublime evidencia teosófica, cual se rindieron sus antecesores a la evidencia científica, se acoja a la más amplia bandera de la Primitiva Religión Sabiduría—o Teosofía de las Edades, que no «teosofismo»—joya de la que todas las religiones, cristianas y no cristianas, no son sino miseras facetas.

«El Cristianismo, ha dicho San Agustín *(De Civit. Dei),* es una forma nueva de una Religión eterna». «Cuando se es buen católico, replicó Blavatsky a uno de sus católicos admiradores, entonces se empieza a ser teósofo». Dios, en fin, han añadido cien sabios, no ha dejado jamás huérfanos de una religión adecuada a parte alguna de la Humanidad, y hasta se da el caso notable en la contextura inter-religiosa, de que el Cristianismo se apoya en el Judaismo; el Mahometismo habla de Moisés y de Jesús como «profeta de Dios», y el calendario católico, entre otros santos del más perfecto simbolismo pagano, cuenta a un San Josafat *(Io-sapho* o «Sabiduría primitiva»), cuya vida no es sino la del Buddha «el insuperable antecesor de Jesús en la difícil tarea de que se salven los hombres...»

Por ello nosotros, católicos sinceros de ayer y *teósofos de siempre,* tendemos amorosamente los brazos al mal aconsejado Papa, pidiéndole, como tales teósofos, *el último puesto* en esa fragmentaria «sociedad teosófica» londinense de *Ad procurandam Christianitatis unitatem,* que es, como el Modernismo, otro puente tendido hacia el mañana resplandeciente de una Humanidad sin fronteras religiosas ni políticas, por un estrecho sectarismo católico que maldice del árbol archisecular de la Teosofía, o Ciencia-Religión primitiva, de la que el Catolicismo es una mera rama, y por cierto no la más antigua ni la más frondosa; rama que olvida, en fin, el dicho del Maestro Jesús: «¡Oh, hombres,—no «oh cristianos»,—hermanos sois todos, sin distinción, como hijos de un mismo Padre que está en los cielos!...»

Dr. M. Roso de Luna.

M. S. T.

RECTIFICACIONES

Por involuntario error de pluma se deslizaron en números anteriores las siguientes erratas de concepto que conviene rectificar:

1.ª En el número de Julio de este año, pág. 207. línea 11, donde dice: «Gautama el Buddha precedió en cerca de un siglo al primer Asoka» debe leerse: «...precedió en más de un siglo...»

2.ª En el número de Septiembre, pág. 274, línea 36, donde dice: «...e influyó en su conquistadora Roma por medio de los generales de Alejandro», debe leerse: «e influyó en su conquistadora Roma; y por medio de los generales de Alejandro influyó también en el Oriente».

También en el de Agosto, 228, 11, dice «abrís» en lugar de «cerráis».

NOTAS

Tenemos noticia de que el 3 de Octubre último falleció en Madrid D. Ernesto Catalá, distinguido miembro de la «Rama de Madrid», por lo que enviamos a su esposa D.ª Julia Armisén, miembro de la misma «Rama» y Secretario Local de la «Orden de la Estrella de Oriente» nuestros mejores sentimientos de simpatía y confortación para sobrellevar la prueba de verse separada de su digno compañero y hermano en este ilusorio mundo de los sentidos y que halle la fuerza en sus afirmadas convicciones en el ideal que tan bien sabe sentir.

Imp. de J. Sallent y C.ª — San Quirico, 32. — Teléfono 520. — Sabadell.